

LA DIALÉCTICA DEL DESTINO EN LAS NOVELAS DE CARLOS FUENTES

DEBIDO a las severas limitaciones del tiempo vigentes en nuestro congreso mi ponencia tendrá ineluctablemente un carácter de exposición sintética, ambicionando primeramente presentar el modo en que Carlos Fuentes concibe y representa artísticamente, dentro de su creación novelística, el destino humano en su concreción mexicana. Permítanme, sin embargo, añadir que las ideas aquí expuestas encontraron pormenorizado desarrollo en el curso sobre *La historia de la novela hispano-americana* que dicté este año en la Universidad de Bucarest, así como en el estudio-prólogo que escribí al terminarse la traducción al rumano de *La muerte de Artemio Cruz*. Me refiero a estos hechos sólo como a dos ejemplos concretos del grande y apasionado interés que despiertan en mi país las letras mexicanas y las obras que les otorgan la amplia resonancia y el alto rango artístico de que gozan en el mundo literario.

El lector atento de las novelas de Carlos Fuentes no puede menos de notar la abundancia y el peso de los argumentos que, dimanantes sea del texto, sea de la composición, demuestran la importancia de la dialéctica del destino en la obra del eximio escritor mexicano. En obras como *La región más transparente*, *Las buenas conciencias*, *La muerte de Artemio Cruz*, *Cambio de piel* y *Zona sagrada*, el término "destino" aparece y vuelve a aparecer casi en cada capítulo, con tal multitud de significaciones y capacidad de irradiación, que su poder se hace sentir y se extiende sobre el área entera de la narración. Individual o colectivo, cumplido o trunçado, auténtico o falseado, ostentativo o secreto, el destino desempeña un trascendental papel tanto en la creación de los personajes como en el desarrollo de la acción. De aquí su doble función artística: la de potenciar la psicología de los personajes, otorgándoles elevación y ejemplaridad y la de dar a los acontecimientos narrados honda significación, validez simbólica. Incluso si consideramos las novelas de Carlos Fuentes en su integridad, podemos definir las en función del concepto básico del destino. *Las buenas conciencias* es la novela de un destino de abnegación y sacrificio aparentemente cristiano, realmente humano, cortado en su primera etapa de ardor juvenil; *La región más transparente* nos presenta una impotente arquitectura de destinos individuales, articulados en una inmensa pregunta sobre el destino nacional; *La muerte de Artemio Cruz* intenta dar la contesta-

ción a esta pregunta en términos de un terrible destino, sumamente revelador; *Cambio de piel* enfrenta quizás no los destinos, sino las veledades y las ilusiones que se hacen acerca de sus destinos los cuatro protagonistas, mientras *Zona sagrada* contiene el drama de un destino larvario, de un destino que no llega a serlo.

Como todas las grandes visiones del destino humano, la de Carlos Fuentes incluye un ciclo, una sucesión de etapas, y tiende hacia una solución, hacia un desenlace. Esta representación del destino humano: camino hecho de varias y duras tribulaciones en vista de la dicha o la salvación final, es tan antigua como el mundo y la prueba de ello es que, desde los tiempos más remotos, todas las mitologías y las religiones han imaginado, con significativa convergencia, lo que podríamos llamar las aventuras soteriológicas del hombre. Los antropólogos y los historiadores de la religión han puesto de relieve que en las soteriológicas míticas y religiosas el ciclo del destino humano es concebido como una serie de estados exteriores, delimitados y opuestos, como hechos distintos y sucesivos: gracia, caída, redención. A diferencia de tal representación Carlos Fuentes nos brinda una dialéctica laica y moderna del destino humano, una dialéctica que integra e interfiere no hechos, sino emociones profundas. El camino que estas emociones recorren es por lo tanto más dramático y llega a un desenlace más humano, más abierto a las posibilidades de la duda y de la elección. Llamo este camino dialéctico porque sus tres etapas se suceden en relaciones de contraste y superación. Subrayando que no intento establecer un esquema rígido y de general validez, sino desprender de los hechos novelescos el modelo paradigmático al cual ellos tienden y se acercan sin identificarse con él, creo poder afirmar que la dialéctica del destino en la obra de Carlos Fuentes se cumple a través de tres etapas: a) la aspiración exaltante, b) la culpa dolorosa y c) la esperanza de purificación. Se trata, pues, de una dialéctica interior, pero proyectada sobre el telón de fondo de la circunstancia mexicana, dominada por la revolución de 1910, con sus prolongaciones institucionales hasta hoy día.

La aspiración exaltante —el *primum movens* de la dialéctica del destino— se ejerce en vista de infundir más humanidad al hombre y a la sociedad. Es un afán de plenitud, de dar a la vida sentido, pureza, valor. Cualesquiera sean el dominio o la forma en que se manifiesta, la aspiración exaltante adquiere el cariz de la heroicidad rebelde. *Heroicidad*, porque exige con orgullosa intransigencia un valor supremo. En la revolución de 1910, por ejemplo, los “puros” encontraron el poder de lucha y de sacrificio en su ardiente amor a la justicia —una justicia

real, comprensiva, cerca de los pobres y menesterosos. Naturalmente, no es ésta la única dirección del heroísmo. En *Las buenas conciencias*, Jaime Ceballos no aspira a un ideal social, sino ético, pero igualmente alto y exigente: la bondad compasiva, la entrega de sí mismo, la abnegación. Al principio del destino de Javier, en *Cambio de piel*, está el afán de belleza, el deseo de crear una obra literaria perfecta, eterna. Heroicidad *rebelle*, porque la aspiración a la plenitud se enfrenta y choca con circunstancias establecidas, hostiles al hombre: pobreza, injusticia y prepotencia en el México prerrevolucionario; mezquindad e hipocresía en la familia de los Ceballos; ambiente grisáceo, fealdad descorazonadora en el caso de Javier. Y detrás de las circunstancias desfavorables, las fuerzas contrarias —las del egoísmo, del desdén a los demás, del privilegio opresivo— obligan a que el afán de plenitud tome la forma de la impugnación, de furor justiciero. El ideal cobra entonces visos de venganza y basta pensar en las afrentas que mueven a la lucha a Artemio Cruz: el martirio de su madre, su condición de bastardo, la ejecución de su amada Regina.

Si la primera etapa, la de la aspiración exaltante, se expone directa y abiertamente a nuestras miradas en su eferescencia heroica, rebelle, violenta, la emoción propia a la segunda etapa —la culpa dolorosa— se da de modo curioso, indirecto, disfrazado. A la primera vista no debería haber oposición, sino continuidad entre las dos etapas: los que se han sublevado contra un orden o una circunstancia inhumana triunfan, son vencedores, o por lo menos obtienen el éxito material. Peones mestizos, como Artemio Cruz o Federico Robles, llegan a ser banqueros y magnates de finanzas, muchachas de “los de abajo” se encumbran y se refinan, surgen nuevos hombres y nuevas oportunidades, se organiza, se construye. Y sin embargo, para todos estos personajes “eficaces” la riqueza y el poder son sólo la costra de una herida que no curará jamás: la herida secreta que se hicieron ellos mismos al convertir su afán de plenitud en ansia de lucro, en ambición logrera, en voluptuosidad de poseer y dominar. Confiésenlo o no, estos hombres se sienten culpables, hondamente culpables de haber traicionado su propio ser, el puro, el noble, el humano. Es lo que explica su obsesivo deseo de justificarse, la envidia secreta que ellos —los vencedores— nutren frente a los vencidos, frente a los que dieron su vida para ayudar al camarada herido, frente a los que fracasaron por haberse juntado a los desheredados, frente a los que supieron guardar su pureza en la derrota y la muerte. Es lo que explica por fin la más honda consecuencia de la culpa: el sentido de frustración y la nostalgia óptica, la añoranza de ser

otro, de recuperar de modo cualquiera, por sí o por otros, la pureza inicial.

Esta posibilidad de superar la culpa y afirmar con nueva fuerza la plenitud humana nos lleva a la tercera y última etapa, menos definida en la creación novelística del autor. El más explícito a este respecto es el caso de Artemio Cruz, quien prepara y determina a su hijo a partir para España donde encontrará la muerte —una muerte limpia, conmovedora— luchando en las filas del ejército republicano. Artemio Cruz había vivido las dos primeras etapas del destino: la exaltación luminosa de la juventud y la culpa engendrada por un éxito fundado en la negación del hombre en sí mismo y en los demás. Ahora Cruz quiere rescatarse a través de la muerte de su hijo, pero es ya tarde y en vano. La única esperanza —que expresa en los últimos momentos de su agonía— es el regreso de las virtudes de solidaridad y justicia de la revolución mexicana. Un regreso en plano superior y dirigido “hacia delante”, nutrido —como explica Manuel Zamacona— “de nuestra propia experiencia” y destinado “a crearnos desde la raíz en la verdad de una nueva estructura social y filosófica” (*La región más transparente*, 3ª ed., p. 63). Naturalmente, al nivel de los destinos meramente individuales, no harán falta acontecimientos históricos para recorrer la etapa de la purificación. Artemio Cruz se hubiera rescatado también al sacrificar su ambición y su sed de poder al amor de Laura, casándose con ella, o al recuerdo de su infancia, desapareciendo, perdiéndose en la masa anónima de los peones —magma primordial de su existencia. Es casi lo que hace Federico Robles después de su bancarrota. La tercera etapa queda, pues, siempre abierta a la duda, al fracaso, pero también, por efecto de la historia y por el poder de la elección, a la esperanza. En la obra de Carlos Fuentes la esperanza está situada no cerca, pero al alcance del hombre.

Al exponer artísticamente esta visión dialéctica del destino, Carlos Fuentes recurre sobre todo a dos modalidades de composición, especialmente propias para asegurar el relieve dramático y la tensión emotiva de sus novelas. La primera modalidad consiste en operar truncamientos o introducir rupturas en la sucesión de las etapas, en exponer, con el efecto dramático inherente, destinos mutilados. En realidad, ninguno de sus personajes vive de modo completo las tres etapas, ninguno —ni siquiera Artemio Cruz de trayectoria vital tan larga y compleja— cumple su destino. Por consiguiente, habrá varias clases de mutilaciones. Conocemos la amputación patética de los “revolucionarios puros”, muertos en la lucha, que no pasaron de la exaltación juvenil. Existe la

mutilación degradante de los carreristas incapaces de sentir la culpa o el remordimiento y no debemos olvidar la trágica mutilación que ocurre cuando la esperanza de purificación está cortada por la locura (Guillermo Nervo de *Zona sagrada*) o por el accidente mortal (Norma Larra-goiti de *La región más transparente*).

La segunda posibilidad de composición prolonga, con efectos sobrecogedores, una etapa en otra. Así por ejemplo, la aspiración exaltante hacia la plenitud persiste en la segunda etapa en la tentación de un amor numilde, abnegado (Federico Robles-Hortensia Chacón), mientras la culpabilidad cuando está acompañada, como en Artemio Cruz, de fuerza y lucidez influye la esperanza, le da la tonalidad de vehemencia y venganza, impidiendo al mismo tiempo que se desarrolle en la tercera etapa.

Naturalmente, para encarnar en sus novelas tal visión y composición del destino, Carlos Fuentes se vale de los más variados medios de expresión que necesitarían, particularmente, un amplio estudio. Notemos aquí sólo ciertas correspondencias entre las tendencias expuestas más arriba y las técnicas narrativas empleadas por Carlos Fuentes. Es obvio que la tensión emotiva encuentra una posibilidad adecuada de expresión en las formas del monólogo interior llevado, en momentos de paroxismo, hasta el delirio, mientras la crueldad dramática engendrada por la ruptura del destino, pide las formas abruptas de la desintegración psíquica (el "yo", el "tú" y el "él" de Artemio Cruz) o la técnica de la asociación críptica e incluso arbitraria.

No creo que podría concluir mejor estas breves observaciones sino subrayando que el estudio del destino en la obra de Carlos Fuentes confirma una verdad general, eso es, que para el novelista mexicano el hombre no es un dato, sino un proceso. No algo ya hecho, sino algo por hacer. Por eso la obra del escritor mexicano es trágica, amarga, pero hondamente humana. Ella no cierra, sino abre las puertas a la humanidad esperanzada y esperanzadora.

PAUL ALEXANDRU GEORGESCU

Universidad de Bucarest